

Las complejidades de la izquierda radical latinoamericana en el poder: experiencias y desafíos en el siglo XXI*

STEVE ELLNER**

pp. 1-28

Resumen

Los obstáculos y complejidades derivados de las experiencias de la izquierda radical latinoamericana en Venezuela, Bolivia y Ecuador en el siglo XXI son diferentes a los de gobiernos izquierdistas del siglo XX en el mundo. Su análisis de clase concuerda con el énfasis «posmarxista» en la heterogeneidad y el carácter irreconcilable de intereses entre los que apoyan el proceso de cambio. Esa complejidad contradice la tesis simplista de «izquierda buena» e «izquierda populista» defendida por Jorge Castañeda. Aunque el pensamiento de sus líderes se fundamente en el marxismo, la identificación con la tradición y el nacionalismo latinoamericano influye en las posiciones respecto al peso relativo de los sectores marginales en la lucha política; priorización de las metas sociales sobre las económicas; identificación con el cristianismo y promoción de la unidad latinoamericana.

Palabras clave

Izquierda radical latinoamericana / Posmarxismo / Jorge Castañeda

Abstract

The obstacles y complexities stemming from the experiences of the Latin American radical left in Venezuela, Bolivia and Ecuador in the 21st century are different from that of leftist governments in the 20th century throughout the world. Its class analysis concurs with the «Post-Marxist» emphasis on heterogeneity and on irreconcilable interests among supporters of the process of change. This complexity contradicts the simplistic thesis of «good left» and «populist left» defended by Jorge Castañeda. While the thinking of its leaders is based on Marxism, the positions of the radical left have been influenced by the identification with Latin American tradition and nationalism in respect of: The relative weight of the marginalized population; the prioritization of social goals over economic ones; identification with Christianity; and promotion of Latin American unity.

Key words

Radical Latin American Left / Post-Marxism / Jorge Castañeda

* El autor desea agradecer en primer lugar a la profesora Giomar Salas (UDO-Anzoátegui) y también a la profesora Estela Valverde (Maquaire University, Australia) y a Dunia Rogers-Chacón por la ayuda en la redacción de este artículo en español. La realización de este trabajo contó con el financiamiento de la Comisión de Investigación de la Universidad de Oriente (UDO), Anzoátegui.

** Profesor-investigador de la Universidad de Oriente, Anzoátegui, Venezuela.

Correo-e: sellner74@gmail.com

Introducción

El camino pacífico, democrático, hacia el socialismo que ha sido tomado por los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador y sirve como fuente de inspiración para gran parte de la izquierda latinoamericana está lejos de representar un nuevo enfoque. Los movimientos socialdemócratas en todo el mundo, agrupados en la Internacional Socialista, fueron los máximos defensores del socialismo por medios pacíficos en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, mientras que las tres naciones latinoamericanas han sido objeto de intenso conflicto político y polarización política y social, los socialdemócratas favorecieron políticas moderadas destinadas a evitar la discordia y lograr un amplio consenso. En este sentido, los tres gobiernos izquierdistas en América Latina se asemejan a las experiencias comunistas en la Unión Soviética, Europa Oriental, China y Cuba, caracterizadas por los agudos enfrentamientos con los enemigos del cambio de gran alcance, así como con las instituciones que representaban al viejo orden. A diferencia de Venezuela, Bolivia y Ecuador, sin embargo, el discurso oficial de los partidos comunistas en el poder descartaba la posibilidad de la transición democrática pacífica al socialismo, de acuerdo con el pensamiento marxista ortodoxo sobre la inevitabilidad de la lucha armada (Regalado, 2007:232).¹

El término «izquierda radical latinoamericana del siglo XXI» (en adelante IRL21) es definido, en gran parte, por las estrategias seguidas en Venezuela, Bolivia y Ecuador y excluye a los movimientos más moderados que están tanto en el poder (como en el caso de Brasil) como fuera del poder. Las posiciones de la IRL21 contrastan con las de los moderados en varios aspectos fundamentales. Los gobiernos de Hugo Chávez-Nicolás Maduro (Venezuela), Evo Morales (Bolivia) y Rafael Correa (Ecuador) son críticos acérrimos del sistema capitalista, por no decir defensores del socialismo, a diferencia de los gobiernos moderados de Brasil y Uruguay (Borón, 2008:28-42). Además se aprovecharon de su llegada al poder y las posteriores victorias políticas al moverse rápidamente contra los adversarios con el fin de tratar de profundizar el proceso de cambio. La radicalización constante contrasta con Luiz Inácio «Lula» da Silva de Brasil, quien, al asumir la presidencia, diseñó políticas macroeconómicas más conservadoras que las pedidas por los organismos internacionales de crédito. De manera parecida, la IRL21, a diferencia de la izquierda moderada, se ha mostrado renuente a negociar y llegar a acuerdos con sus adversarios, y a otorgarles concesiones consistentes. Así, en México, los socialdemócratas y otros moderados asociados con el Partido de la Revolución Democrática (PRD) favorecieron las alianzas con el conservador Partido Acción Nacional (PAN), tanto en 2000 como en años posteriores, mientras que los líderes a su izquierda, tales como Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador,

¹ Marx y Engels se opusieron a la posibilidad de la transición pacífica al socialismo. En el párrafo final del *Manifiesto comunista* escribieron: «Los comunistas declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente».

promovieron candidaturas izquierdistas. Del mismo modo, el presidente Chávez rompió con la tradición de crear comisiones tripartitas de las máximas organizaciones empresariales y las organizaciones sindicales para resolver problemas urgentes.

Otras características de los tres gobiernos de la IRL21 los distinguen de los izquierdistas moderados. En primer lugar, los tres presidentes ganaron elecciones, referendos y revocatorios con mayorías considerables, a veces superior al 60 por ciento de los votos. Estos triunfos les proporcionaron mandatos y una mayor capacidad de maniobra que en el caso de los presidentes izquierdistas moderados que recibieron menos porcentaje de votación. En segundo lugar, Chávez, Morales y Correa iniciaron sus presidencias con un llamado a una asamblea constituyente que terminó con la transformación de la estructura política existente. En tercer lugar, el impulso generado por las victorias de la IRL21 y la radicalización de las posiciones estimularon las filas del movimiento. Este celo a nivel de las bases explicaba la movilización constante que en diferentes ocasiones resultó esencial para la supervivencia política del gobierno. En política internacional, los gobiernos de la IRL21 fueron críticos agudos de Washington, y a través de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA) actuaron como un bloque en reuniones internacionales (Ellner, 2012:10). Finalmente, los tres presidentes dirigían partidos políticos relativamente débiles que, al contrario del caso de Brasil y en otras partes, no lograron establecer vínculos sólidos con los sectores populares fuera del ámbito electoral (Ellner, 2012).

No es sorprendente que esta radicalización encontrara una fuerte resistencia por parte de los defensores del *status quo* y desatara una aguda polarización política y social, que es otra característica distintiva de la IRL21 en el poder. Una escalada retórica por parte de los portavoces del gobierno y de la oposición alimentó el proceso, a pesar de la existencia de un bloque importante de ciudadanos que asumían posiciones independientes. En este contexto, los grupos políticos, sociales y económicos opuestos a los gobiernos de la IRL21 representaban una oposición «semidesleal» o «desleal», ya que desconocieron la legitimidad del gobierno. No solo condenaban virtualmente todas sus políticas y acciones, sino que lo acusaban de intenciones totalitarias y en ocasiones recurrieron a la violencia y otros actos subversivos en un intento de hacer estallar un golpe militar.

Finalmente, la IRL21 se ha abstenido de usar lenguaje anticomunista o aceptar la validez de las acusaciones formuladas por los adversarios más intransigentes contra los izquierdistas en el poder. Chávez, por ejemplo, declaró públicamente que no era ni comunista ni anticomunista, al mismo tiempo que sus seguidores se llaman unos a otros «camaradas», como un reproche implícito a los estereotipos de tipo macartista. Los presidentes izquierdistas moderados en Brasil, Argentina y otros países han actuado de una manera similar. No sólo rechazan la tesis de «izquierda buena»—«izquierda mala» promovida por Washington, sino que también han mantenido relaciones excepcionalmente cordiales con

la IRL21 en el poder. Sin embargo, hubo excepciones a este comportamiento de principios por parte de los izquierdistas moderados. Así, por ejemplo, Gustavo Petro, el candidato presidencial del izquierdista Polo Democrático Alternativo en Colombia (y posteriormente alcalde de Bogotá) pidió a su partido defender los intereses nacionales, cerrando filas en torno al presidente Álvaro Uribe en sus ataques contra Chávez por ayudar a la guerrilla del país (Informe 21.com, 2009). Comentarios ocasionales del presidente salvadoreño Mauricio Funes contra Chávez también parecían servir como una afirmación del compromiso de su gobierno de evitar el cambio radical.

La radicalización no era un proceso lineal, a pesar del compromiso de los movimientos de la IRL21 con el cambio de largo alcance y sus marcadas diferencias con los movimientos izquierdistas moderados. El gobierno sandinista después de 2006, por ejemplo, se unió al ALBA y se identificó con las posiciones de la IRL21 en Venezuela, Bolivia y Ecuador en otros aspectos, pero al mismo tiempo intentaba apaciguar a grupos a su derecha. Después de haber llegado al poder de nuevo con sólo el 38 por ciento de los votos, los sandinistas trataron de neutralizar a diversos sectores y posiblemente por esta razón se opusieron al derecho al aborto, lo que representó un completo revés para el presidente Daniel Ortega.

Las experiencias de la IRL21 en el poder también contrastan con las de los izquierdistas democráticos, tales como el gobierno de Allende y el de los sandinistas en la década de los ochenta, quienes llegaron al poder en América Latina en el calor de la Guerra Fría y estuvieron comprometidos a una ruptura radical con el pasado. Aunque está menos segura en el poder que los comunistas en la Unión Soviética y China, la IRL21 en Venezuela, Bolivia y Ecuador ejerce mayor control de las diferentes esferas del Estado, incluyendo los poderes legislativo y judicial y las Fuerzas Armadas, que en el caso de los izquierdistas democráticos radicales en el siglo pasado. En consecuencia la IRL21 se ha visto obligada a hacer frente a temas espinosos relacionados con la consolidación en el contexto de una transición prolongada al socialismo. Ni Allende, ni los sandinistas en la década de los ochenta confrontaron una situación similar a la de Chávez en 2007, Correa en 2009 y 2013 y Morales en 2010, después de ser reelegidos por amplios márgenes; resultados que desmoralizaron a la oposición. Durante estos períodos de relativa estabilidad, el reto de demostrar la viabilidad del nuevo modelo fue una tarea ardua para los líderes de la IRL21. Por el contrario, el control del poder menos seguro de los gobiernos de izquierda radical del siglo XX, debido a desordenes políticos que incluían actos de violencia y sabotaje y el apoyo más amplio en Estados Unidos para el intervencionismo norteamericano durante la Guerra Fría, descartaron su consolidación y eventualmente condujeron a su derrocamiento. Allende, por ejemplo, llegó al poder con sólo el 36 por ciento de los votos y fue derrocado después de sólo tres años, mientras que los sandinistas en la década de los ochenta tenían que concentrar gran parte de sus esfuerzos y recursos en la resistencia armada contra su gobierno promovida por los Estados Unidos.

La IRL21 se enfrenta a desafíos teóricos y prácticos complejos que son de manera fundamental distintos a los que confrontaron los movimientos sociales marxistas democráticos y ortodoxos del siglo XX. La teórica de la IRL21, Marta Harnecker, ha afirmado que «la situación que enfrenta nuestros gobiernos de 'izquierda' es aún más compleja que la que enfrentó el gobierno soviético» (Harnecker, 2010:32). Las características sobresalientes de la izquierda del siglo XXI del continente ayudan a explicar esta complejidad. Lo más importante es que la vía electoral y gradual hacia el cambio de largo alcance, en ausencia de una política de compromiso y de concesiones a los adversarios, involucra un conjunto de variables que complica el proceso. La estrategia abre espacio y proporciona oportunidades a los adversarios, que en el contexto de la aguda polarización pueden emplear tácticas legales y extralegales para socavar la autoridad del gobierno e impedir la aplicación de sus políticas económicas. Un ejemplo de esta guerra de baja intensidad fue el caso de la respuesta empresarial a los controles de precios en Venezuela, la cual produjo un verdadero tira y encoje entre el gobierno de Chávez y el sector privado, lo que eventualmente condujo a un conjunto de expropiaciones. Este tipo de enfrentamiento plantea a la izquierda el dilema permanente de si seguir adelante con una mayor radicalización o enfatizar la consolidación. Al mismo tiempo, el camino gradual, pacífico al socialismo, crea espacios para aquellos ubicados en el extremo izquierdo del espectro político, algunos fuera de la coalición gobernante (particularmente en el caso de Bolivia y Ecuador) y otros dentro de ella (como en Venezuela), que claman por un ritmo de cambio más acelerado.

Estos desafíos son de una naturaleza diferente y en algunos casos de mayor complejidad que los que confrontaron los movimientos socialdemócratas y comunistas en el poder en el pasado. El pensamiento socialdemócrata (tal como es defendido por la Internacional Socialista) estaba sustentado por los planteamientos positivistas que se refieren a la inevitabilidad del cambio en ausencia de lucha (una diferencia teórica fundamental entre el padre del positivismo, Augusto Comte, y Marx). La estrategia socialdemócrata, que intenta minimizar el enfrentamiento y lograr un cambio armonioso, contrasta con la dinámica compleja de la implementación de políticas radicales seguidas por la resistencia de las fuerzas hegemónicas y la aguda polarización dentro de un marco democrático que caracteriza a la IRL21 en el poder.

El ejemplo de los comunistas que tomaron el poder en el siglo XX también fue distinto en que todas las formas de oposición al gobierno fueron reprimidas y el socialismo fue impuesto sin una larga lucha. Este proceso fue la antítesis de «la guerra de posición» de la IRL21 en el poder en la que las fuerzas tradicionales han mantenido la ventaja en instituciones como la Iglesia, los medios de comunicación e incluso partes de la esfera estatal. Por otra parte, en contraste con el marxismo rígido y las fórmulas del gobierno comunista, la IRL21 es en realidad ecléctica y defiende e incluso celebra un enfoque de

ensayo y error al socialismo que carece de claridad ideológica, el cual se ve como un correctivo al dogmatismo (Acosta, 2007: 25-27). Por eso, ella carece de los denominadores ideológicos comunes que caracterizaron a los gobiernos izquierdistas del siglo XX que se fundamentaban en la doctrina marxista.

El escenario posterior a la Guerra Fría contribuye a la complejidad del fenómeno de la izquierda del siglo XXI. La Guerra Fría condujo a la conceptualización y las estrategias simplistas en las cuales el campo pronorteamericano confrontó los movimientos y gobiernos que favorecían el socialismo, el cual se percibía como un sistema bien definido. La presión desde ambos polos limitaba las opciones de los países más débiles y tendía a obviar las innovaciones y la originalidad por parte de la izquierda (como ocurrió en el caso de Cuba en el transcurso de la década de los sesenta). El colapso del bloque soviético dio impulso a la idea, igualmente simplista y monolítica, del neoliberalismo y la doctrina relacionada del «fin de la historia», que describía todas las alternativas al modelo de la democracia y el capitalismo norteamericano como obsoletas.

Para finales del siglo pasado, la protesta generalizada contra el neoliberalismo en América Latina fomentó mayor diversidad política que incluía a los movimientos izquierdistas nacionalistas que se oponían con firmeza a las políticas de Estados Unidos. Los izquierdistas rechazaban la política de concesiones a los grupos económicos poderosos implícita en la estrategia de las alianzas de centristas con izquierdistas defendida por Jorge Castañeda durante el auge del neoliberalismo en la década de los noventa.² El modelo antineoliberal emergente, asociado con la IRL21, combina la democracia representativa y la democracia radical basada en la tradición de Rousseau de la participación directa en la toma de decisiones. Las dos no son completamente compatibles y han creado tensiones internas debido a las diferencias paradigmáticas, y en esta forma contribuyen a la complejidad de los desafíos que confrontan los movimientos izquierdistas del siglo XXI (Smilde, 2011:7-11).

La IRL21 en el poder encaró dos imperativos para los cuales se emplearon dos estrategias distintas y a veces conflictivas. Por una parte, las políticas pragmáticas que promovían la institucionalización fueron diseñadas para fomentar la eficiencia al mismo tiempo que priorizaban los objetivos económicos sobre los sociales. Por otra parte, la movilización generalizada y los programas sociales que promueven la participación en concordancia con el objetivo de la IRL21 de la democracia participativa (y la democracia directa) generaron entusiasmo popular, un elemento esencial para avanzar hacia el socialismo y confrontar los adversarios de la derecha. Los dos conjuntos de objetivos eran igualmente apremiantes. Era improbable que las fórmulas dogmáticas o simplistas y las formulaciones ideológicas que favorecen a uno y

² Para un análisis del enfoque centro-izquierdista, ver Ellner, 2005:42-64.

excluyen al otro tuvieran éxito (Ellner, 2011c:439-440, 445). La estrategia resultante ideada para lograr una síntesis —al contrario de las recetas dogmáticas— era más compleja.

La heterogeneidad social de la izquierda latinoamericana del siglo XXI

La base social y la estrategia de los movimientos izquierdistas del siglo XXI divergen del pensamiento y práctica marxistas tradicionales, y explican en gran parte la complejidad descrita anteriormente. El enfoque de Marx sobre la producción como el componente esencial de la «estructura de la sociedad» (en contraposición a la categoría más superficial de la «superestructura») lo llevó a postular al proletariado como el agente clave (o la «vanguardia») en el proceso del cambio. Posteriormente, el marxismo ortodoxo minimizó el papel de otras clases no hegemónicas y pasó por alto, en gran parte, sus intereses conflictivos; una tendencia llamada algunas veces «obrerismo». Marx cuestionó el potencial revolucionario del campesinado, debido a sus aspiraciones de ser propietario. Lenin compartía inicialmente esta desconfianza, pero luego procedió a plantear una «alianza obrero-campesina» (una convergencia representada por el símbolo del martillo y la hoz) sin expresar preocupación por intereses o visiones divergentes. Del mismo modo, el marxismo ortodoxo negaba el carácter revolucionario y la importancia política de la «pequeña burguesía» de acuerdo con la predicción de Marx de la polarización social, en la que una mayoría de esta clase terminaría en las filas de la clase trabajadora. Por último, el término peyorativo de Marx «lumpen proletariado» ha sido algunas veces asociado con el componente no proletariado de la clase baja urbana, que en América Latina se compone, en gran parte, de los miembros de la economía informal.

En otro orden de ideas, Mao Zedong reconoció la multiplicidad y complejidad de las contradicciones internas en el socialismo, así como «el periodo de tiempo moderadamente largo» que tomará resolverlas (Mao, 1971b: 444, 464). Las mismas contradicciones se manifestaron también dentro y entre los diferentes sectores que apoyan el movimiento revolucionario, así como en el Estado socialista. Sin embargo, Mao caracterizó estas contradicciones como esencialmente «no antagónicas» (Mao, 1971a:127) y creía que la forma correcta de resolverlas era mediante «el método democrático, el método de la discusión, de la crítica, de la persuasión y la educación», y mediante la «autocrítica» (Mao, 1971b:438-439, 442). También consideró las contradicciones dentro del partido comunista como un choque entre el «pensamiento correcto» y el «pensamiento falaz», que eran a su vez un reflejo de las diferencias de clase (Mao, 1971a:126-127). Estos comentarios sobre las contradicciones parecerían quedarse cortos ante el grado al cual la heterogeneidad representa un desafío complejo para el socialismo del siglo XXI.³

³ El grado en que la teoría de las contradicciones de Mao concuerda con el marxismo «ortodoxo» ha sido fuertemente debatido, como también el impacto de su pensamiento (Knight, 1997:105-107). Liu Kang (1997) señala que los conceptos de especificidad de Mao, el

A diferencia del marxismo ortodoxo, a partir de la revolución soviética, escritores que provienen de distintas tradiciones han señalado las cualidades de transformación revolucionaria de las clases no proletarias en el tercer mundo, mientras que argumentan contra el papel exclusivo de vanguardia de la clase obrera. En la década de 1920, Víctor Raúl Haya de la Torre postuló a la clase media como el grupo social más revolucionario en los países subdesarrollados ya que sus miembros «son las primeras víctimas de la ofensiva económica del imperialismo», a diferencia de la clase obrera y los trabajadores rurales que, al menos en el corto plazo, se benefician de las inversiones extranjeras (Haya de la Torre, 1976:255).

De manera similar, Frantz Fanon hizo hincapié en el potencial combativo del campesinado, el cual contrastó con el comportamiento egoísta de la mayoría de la población urbana que incluye a la clase obrera. También reconoció el potencial revolucionario del «lumpemproletariado», el cual al igual que el campesinado estaba más distante del gobierno colonial, y por lo tanto menos corrompido por el sistema (Fanon, 1963:129-130). La diferenciación de Fanon entre la clase obrera y los pobres urbanos no proletarios ha llegado a ser particularmente convincente en la época de la globalización (Laclau, 2005:146-150, 231). Kurt Weyland y otros académicos que escriben sobre el neopopulismo en la década de los noventa señalaban los intereses conflictivos entre los trabajadores de la economía formal y los de la economía informal. Estos últimos —a diferencia de los primeros— eran adversamente afectados por el modelo existente de sustitución de importaciones (Oxhorn, 1998:200, 215-216; Weyland, 1999:182-184).⁴

Los escritores algunas veces identificados como postmodernistas también han centrado su atención en la heterogeneidad de los grupos no hegemónicos. La mayoría de ellos se ha distanciado del pensamiento marxista, no sólo al rechazar el papel revolucionario de la clase

papel decisivo de la lucha ideológica y la multiplicidad de contradicciones en todos los niveles han influenciado a Louis Althusser (a menudo considerado un precursor del posmarxismo). El rechazo de Althusser al reduccionismo y su teoría de la dependencia mutua de los elementos de la estructura y la autonomía relativa resultante de la superestructura (un principio que llamó «sobredeterminación») se presta a la tesis referente a la compleja naturaleza de las relaciones sociales y la estrategia revolucionaria en los siglos veinte y veintiuno. Como este ensayo pretende demostrar, la complejidad del proceso de cambio, como reconoció Mao y destacó Althusser, es fundamental para comprender la izquierda latinoamericana del siglo XXI. Cabe destacar que uno de los principales teóricos de la IRL21, Marta Harnecker, fue una estudiante de Althusser. Harnecker ha reconocido que la refutación de Althusser del marxismo dogmático y sus argumentos en relación con la complejidad del proceso de cambio dejaron un impacto profundo en su pensamiento. En este sentido, ella afirma que Marx estaba aún luchando con la definición de las clases sociales cuando murió (Harnecker, correo electrónico personal al autor, febrero 20, 2012).

⁴ La literatura sobre la economía informal varía en cuanto al grado en que sus miembros representan una clase inferior con poca movilidad ascendente. El célebre libro de Hernando de Soto *El otro sendero* se enfocó en su potencial para convertirse en empresarios exitosos y prósperos (Soto, 1989). Otros escritores atribuyen el crecimiento de la economía informal en las últimas décadas a las estrategias de tercerización del capitalismo en la época de la globalización, lo que implica un estatus menos marginado para algunos de sus miembros, que incluye un nivel de vida relativamente confortable (Castells y Portes, 1989:12-13). En contraste, Weyland y Fanon, al hacer hincapié en las condiciones de oprimidos de aquellos que pertenecen a los sectores informales y sus intereses que entran en conflicto con los de la clase trabajadora más privilegiada, dan a entender un estatus de exclusión más cristalizado. Este ensayo, que caracteriza a un gran número de miembros de la economía informal como marginados y no incorporados, también centra su atención en las diferencias de intereses y visiones entre ellos y la clase obrera de la economía formal.

obrero, debido a la aceptación generalizada de los valores burgueses y el chauvinismo, sino también al dar por perdida la clase misma como una categoría útil. En su lugar, ellos celebran la «identidad» del grupo basada, en gran parte, en las convicciones y el comportamiento políticos y culturales; un enfoque que es lo mismo que el «reconocimiento de la diferencia», según Nancy Fraser (cit. en Burgman, 2005:2). El posmarxista Ernesto Laclau va más allá de esta tesis al centrar su análisis de la política y la estrategia política en el carácter irreconciliable de las diferencias entre los grupos subalternos. El concepto de Laclau del «significante vacío» intenta demostrar la profundidad de las divisiones. Según Laclau, el líder exitoso (a quien llama un «populista») es aquel que ingeniosamente une los diversos sectores no privilegiados al acuñar eslóganes («significantes vacíos») que son interpretados de maneras diferentes por cada grupo de acuerdo a su propia visión del mundo y sus intereses. A pesar de su papel unificador, los líderes populistas en ningún momento son capaces de superar completamente la discrepancia entre estas diferentes interpretaciones.

En la década de los ochenta, la celebración de «nuevos movimientos sociales», que fueron definidos como aquellos que hacen hincapié en la identidad y la participación directa y que estaban asociados a nivel teórico con Laclau (1985) y otros posmarxistas y posmodernistas, obtuvo aceptación entre algunos escritores y activistas latinoamericanos. Durante estos años, las organizaciones y los movimientos sociales jugaron un papel fundamental en la democratización, y algunos de ellos facilitaron la participación de sectores anteriormente excluidos en una escala masiva que incluyó a las mujeres y la población indígena. El papel predominante que jugaron las activistas femeninas en muchas de estas actividades (desde comedores populares hasta las Madres de Plaza de Mayo) tenía un impacto cultural, ya que la igualdad de género dentro y fuera del hogar comenzó a obtener mayor aceptación en la población en general, lo que condujo a los «cambios discursivos» en cuanto a los motivos de participación originalmente expresados (Ellner, 1994:75-76; Feijoo y Gogna, 1990:100; Jelin, 1990:190). Un ejemplo importante de la expresión de la política de identidad fue el movimiento katarista en Bolivia, el cual formuló dentro del movimiento campesino eslóganes relacionados con la opresión étnica, una situación ignorada en gran parte por la revolución de 1952. Uno de los kataristas, Álvaro García Linera, fue encarcelado por su participación en el Ejército Guerrillero Tupac Katari y llegó a ser vicepresidente en el gobierno de Morales y un prominente teórico de la IRL21. García Linera ha descrito al gobierno de Morales como el «gobierno de los movimientos sociales» y ha adoptado el modelo de «vivir bien», basado en los principios anticapitalistas de la cultura indígena, pero al mismo tiempo defiende la importancia primordial de los objetivos económicos de desarrollo. En otro ejemplo de incorporación de los sectores excluidos por la IRL21, las mujeres han constituido la gran mayoría de los «voceros» de los casi 30.000 consejos comunales que están concentrados en los barrios y representan un pilar fundamental del modelo político del gobierno venezolano chavista.

Las experiencias de la IRL21 en el poder y el análisis de clase de sus defensores concuerdan con el énfasis posmarxista en la heterogeneidad y el carácter irreconciliable de intereses entre los que apoyan el proceso de cambio (Harnecker, 2010:65-66; Sader, 2008:77-78). Algunos pensadores de la IRL21 como García Linera consideran las tensiones resultantes como conducentes a desenlaces «creativos» (García Linera, 2011:23-72). Los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador demuestran la profundidad de las tensiones entre los sectores sociales no pertenecientes a las élites, así como entre las corrientes políticas internas, y la relación que existe entre las dos. No solamente son sus intereses diferentes, sino que en algunos casos han entrado en conflicto.

La IRL21, a diferencia de los partidos de izquierda tradicionales, rechaza la priorización marxista ortodoxa de la clase obrera y la preferencia de los gobiernos comunistas del siglo XX por la industria pesada (Álvarez, 2010:114-116; Borón, 2008:122-130; Harnecker, 2007). Algunos teóricos izquierdistas latinoamericanos señalan que la «sociedad increíblemente fraccionada» en la época de la globalización incluso afecta a la clase obrera, que ha llegado a ser «extremadamente heterogénea» debido, en gran parte, a la práctica de la flexibilización (Harnecker, 2010:66). Prominentes izquierdistas del siglo XXI como Chávez y García Linera han argumentado que, en las décadas recientes, la clase obrera organizada no ha estado a la altura de las expectativas revolucionarias inherentes al marxismo tradicional (Blanco Muñoz, 1998:392, 397; Borón, 2008:123; García Linera, 2010:38-39). Como una alternativa al obrerismo proletario, la IRL21 coloca a todos los trabajadores en pie de igualdad, incluyendo a los miembros de la economía informal, la fuerza laboral rural y los empleados en las pequeñas empresas comerciales (Goldfrank, 2011:6).

Los eslóganes «inclusión» e «incorporación», adoptados por la izquierda del siglo XXI, están dirigidos más a los miembros de la economía informal, quienes en gran parte están excluidos de la legislación laboral y carecen de representación organizacional, que a la clase obrera organizada. Un importante filósofo y teórico izquierdista del siglo XXI, Enrique Dussel, subraya la «liberación» y los derechos de los excluidos mediante el argumento de que la ética implica empatía por «el otro» o «por la víctima». Plantea que «la afirmación de su dignidad y libertad [...] de su trabajo fuera del sistema es la fuente de la misma movilidad de la dialéctica (ellos afirman lo que es 'trabajo improductivo' para el capital, pero real en sus propios términos [...] el sistema los considera 'nada'; no-existente: y es fuera de esta nada que se construyen los nuevos sistemas)» (Dussel, 2003:143; 2008:78; 2012).⁵

⁵ El postmodernismo comparte esta preocupación por la situación difícil de los históricamente «excluidos». Además, la glorificación por parte de la IRL21 de la originalidad de los pensadores latinoamericanos, que van desde Simón Bolívar, Simón Rodríguez y José Carlos Mariátegui hasta el pueblo aymara, implica un rechazo al eurocentrismo, igual que lo hacen los postmodernistas.

Los teóricos izquierdistas radicales del siglo XXI y los actores políticos, al mismo tiempo que descartan el obrerismo característico de los grupos marxistas ortodoxos, no rechazan el análisis de clase. El izquierdista argentino Atilio Borón, por ejemplo, argumenta que «la proliferación de los actores sociales no decreta la abolición de las leyes de movimiento de una sociedad de clases sociales: solamente significa que la escena social y política ha llegado a ser más compleja» (Borón, 2008:126). Además, la izquierda del siglo XXI ha valorado las demandas y las luchas en la esfera de la producción de acuerdo con la esencia del marxismo. Ejemplos de estos tipos de demandas que favorecen a los sectores no proletarios de la fuerza laboral incluyen: el derecho de los trabajadores de la economía informal a escoger la ubicación de sus puestos de ventas y el de los consejos comunales a contratar los miembros de la comunidad para la ejecución de las obras públicas en sus localidades; la legalización de la actividad de los cultivadores de coca en pequeña escala (particularmente en Bolivia); y la preferencia gubernamental por las cooperativas de trabajadores en el otorgamientos de los contratos, aun cuando puedan ser menos efectivos económicamente. Estos asuntos que implican el sustento de los trabajadores fuera de la industria a gran escala produjeron controversia entre los izquierdistas, algunos de los cuales favorecían una estrategia basada en economías de escala (Cicciariello-Maher, 2013:218-233; Ellner, 2011c:440-445). Muchos izquierdistas radicales del siglo XXI proponen las unidades de producción y las ubicaciones geográficas (tales como las comunidades) como fuentes de lucha igualmente importantes y como las semillas para la construcción de una nueva sociedad (Harnecker, 2008:66-67; Silva, 2009:269-272).

La decisión de la IRL21 de abrazar la heterogeneidad social, en lugar de dar prioridad a una clase específica o tipos de luchas, produce ciertos retos. Lo más importante es que las agudas diferencias sociales y políticas dentro de los movimientos izquierdistas pusieron a prueba el compromiso de la izquierda con la democracia interna, ya que las estructuras verticales representan hasta un cierto punto un correctivo a la aguda discordia interna. Históricamente, los líderes izquierdistas latinoamericanos de partidos multclasistas, influenciados por el principio marxista de la inevitabilidad del conflicto de clase, trataron de superar la difícil situación de los intereses conflictivos internos al promover el centralismo y el estricto control organizacional.⁶ Del mismo modo, la principal justificación ofrecida por la izquierda para el poder omnímodo del Ejecutivo nacional y del líder máximo en Venezuela, Bolivia,

⁶A principios de la década de los treinta, Rómulo Betancourt abordó el problema de cómo construir un partido de varias clases, que incluyera a la pequeña burguesía, sin privilegiar al proletariado. El reconoció la dificultad de lograr la unidad orgánica entre «los individuos con tendencias o ideologías dispares que son [...] a veces completamente antagónicos y representan intereses de clase antagónicos e irreconciliables, para unirlos en la lucha contra un enemigo común» (*El libro rojo...*, 1985:264). La respuesta de Betancourt a la situación fue la creación de una dirigencia centralizada y muy unida. Señaló que «los partidos, independientemente de cuán doctrinarios y de masas puedan ser, siempre se mueven en la dirección donde sus líderes los lleven» (*ibid.*, 1985:143).

Ecuador y Nicaragua es que garantiza la unidad del movimiento; esencial para hacer frente a los adversarios poderosos y agresivos.

Los escritores de la izquierda radical del siglo XXI han adoptado dos modelos que se ocupan del problema de la heterogeneidad de formas diferentes y suponen diferentes niveles de conciencia política en la población en general. La democracia radical o «participativa», que está plasmada en las nuevas constituciones de los gobiernos del IRL21, celebra la participación y garantiza la participación popular directa en la toma de decisiones. De este modo, la democracia radical fomenta la creación de una amplia gama de movimientos y organizaciones sociales que reflejan una multiplicidad de intereses y visiones (Harnecker, 2010:7). Un ejemplo de democracia directa son los consejos comunales promovidos por el gobierno en Venezuela, Bolivia (específicamente, los ayllus) y Nicaragua. En vez de apoyar los mecanismos para lograr la armonía de clases, algunos de los defensores de la democracia radical visualizan el conflicto social como una constante y las diferencias políticas como naturales y saludables, siempre que no degeneren en choques frontales (Garzón Rogé y Perelman, 2010:69-72, 82-83; Mouffe, 2005:120-121). Su punto de vista de la proliferación de las fuentes de conflicto en el transcurso del siglo XXI se presta a la «profundización de la democracia» y la democracia participativa en que un número cada vez mayor de personas ha sido incorporado a la vida política (Laclau y Mouffe, 1985:163). El optimismo de estos escritores con respecto a la capacidad democrática de la población en general los lleva a estar en desacuerdo con aquellos que son aprensivos respecto de la energía y la participación popular (Esteva, 2009:48-53; Laclau y Mouffe, 1985:171-175). La democracia radical, en el caso de los gobiernos comprometidos con el cambio de largo alcance, presupone una conciencia política elevada, ya que la madurez política y organizacional es un prerrequisito para la exitosa participación directa en la toma de decisiones. Además, un alto nivel de conciencia ayuda a combatir el economicismo mediante el cual las excesivas demandas corporativistas de un sector determinado no privilegiado bloquean el logro de los objetivos de largo plazo en beneficio de toda la población. La madurez política es de este modo un antídoto para las contradicciones secundarias, o lo que Mao llamó las «contradicciones en el seno del pueblo» (García Linera, 2011:24).

Un segundo modelo se enfoca en la relación «dialéctica» entre las bases de los movimientos de la izquierda y los líderes izquierdistas carismáticos, quienes son capaces de lograr la unidad de un bloque extremadamente fragmentado de los no privilegiados. Diana Raby, influenciada por los escritos de Laclau sobre el populismo, señala las «contradicciones internas» de «amplios sectores populares y democráticos» que líderes como Chávez intentan superar (Raby, 2006:19, 184). Raby parafrasea a Laclau al afirmar que los seguidores del líder izquierdista populista se convierten en un «sujeto político» y desarrollan «una conciencia e identidad política», al mismo tiempo que asumen el papel de

participantes y no de espectadores (ibíd., 240, 115). A diferencia de los defensores de la «teoría de la multitud» y gran parte de los escritos originales sobre el populismo que data de la década de los cincuenta, (Germani, 1962), Laclau ve al líder populista como el que se ubica «a la par de sus seguidores»; «será solamente aceptado si muestra, de un manera notable, características que comparte con los que se supone que lidera» —un proceso de unión descrito como «investidura» (Laclau, 2005:59-60)—. Muchos activistas y simpatizantes de la IRL21 describen este intercambio como una «relación mágica» que representa una expresión legítima de la democracia (citado en Ellner, 2011c: 435). En resumen, los sectores no privilegiados de la población están altamente divididos, pero al mismo tiempo están lejos de ser impotentes, ya que ellos hacen valer con efectividad sus visiones del mundo, sus metas y demandas específicas.

No obstante, aquellos izquierdistas del siglo XXI que colocan al líder radical populista en el escenario principal son menos optimistas que los del modelo de la democracia radical sobre la existencia de condiciones subjetivas, y específicamente la capacidad de los sectores populares de actuar en forma autónoma de manera constante dentro de una estructura organizacional (v. Laclau, 2006:119-120). De hecho, algunos de los escritores que se identifican con la IRL21 señalan a la concentración del poder en manos del líder máximo como un símbolo de atraso y un impedimento al debate abierto y la participación popular en la toma de decisiones (Acosta, 2009:12-13, Biardeau, 2009:66; Monedero, 2009:190-192).

El asunto de la heterogeneidad social contiene una implicación estratégica importante para la izquierda latinoamericana. Si ningún grupo social es el agente clave del cambio revolucionario o recibe tratamiento prioritario y si las diferencias políticas tienen una base social, entonces los gobiernos izquierdistas necesitan reconciliar las diferentes posiciones internas en lugar de seguir una línea monolítica a favor de una corriente política o grupo social determinado. Una estrategia amplia de este tipo incluso intentaría ganar el apoyo de los sectores de la clase media, específicamente los menos privilegiados que apoyan la transformación estructural, y se abstendría de subestimar sus propuestas al calificarlas de «pequeño burguesas». Sin embargo, con un enfoque flexible, bien balanceado que intente lograr la reconciliación, el Gobierno no será capaz (como Mao había esperado que sucedería) de poner fin a las tensiones internas, las cuales, como señala Laclau, son inevitables. La alternativa para los izquierdistas es un movimiento arraigado en la hegemonía revolucionaria de una clase dada o una vanguardia política cerrada; una estrategia dogmática que ignora la complejidad de los retos que enfrenta la izquierda del siglo XXI, como lo hace también la tesis de «las dos izquierdas» que viene de la derecha.⁷

⁷ Para una defensa de la «teoría de las dos izquierdas», ver Castañeda, 2008. La aceptación por parte de la IRL21 de la diversidad y el pluralismo político se manifestó en Venezuela con el fallido esfuerzo de Chávez por crear el PSUV como «el Partido Único de la Izquierda»

La izquierda radical del siglo XXI y «el camino latinoamericano»

Además de las características destacadas de la IRL21 reseñadas en este artículo, surge la pregunta de hasta qué punto es la IRL21 un fenómeno básicamente latinoamericano. Mantenemos que la acumulación de experiencias latinoamericanas basadas en luchas, movimientos y políticas del pasado ha moldeado la IRL21 y contribuye a su naturaleza compleja y ecléctica. La influencia latinoamericana es a veces incongruente con el pensamiento izquierdista tradicional, que fue inspirado por la experiencia soviética de 1917 y que también ha impactado la IRL21. La tensión entre las dos fuentes de influencia refuerza la complejidad de los desafíos enfrentados por la IRL21, como plantearemos en los siguientes párrafos.

Un aspecto del legado latinoamericano es la apelación de la IRL21 al sentimiento nacionalista a través de la glorificación de figuras históricas que lucharon contra los poderes extranjeros, algunos de los cuales datan de la conquista española. Los analistas y actores políticos de diferentes persuasiones ideológicas durante mucho tiempo minimizaron la importancia de algunos de estos líderes, innegablemente porque estaban asociados con sistemas políticos y económicos y estilos de vida considerados anacrónicos. Los ejemplos incluyen a los rebeldes indígenas que resistieron la conquista y el dominio español, como Bartolina Sisa y Tupac Katari (en Bolivia) y Guaicaipuro (en Venezuela), que han sido glorificados por Morales y Chávez respectivamente. La IRL21 también exaltaba a los líderes políticos que los historiadores tradicionales etiquetaron como «caudillos», tales como Cipriano Castro y Eloy Alfaro (alabados por Chávez y Correa respectivamente), quienes enfrentaron intereses poderosos nacionales y extranjeros. Por cierto, Chávez calificó de «burguesa» e «importada» de la historia a la tendencia de llamar a los héroes nacionales «caudillos» (Blanco Muñoz, 1998:103). En su revisión del pasado, la IRL21 se alimenta de una tradición populista representada por Juan Domingo Perón, que también celebró símbolos históricos nacionales opuestos a la intervención extranjera, aun cuando (como en el caso de Juan Manuel de Rosas en Argentina y Cipriano Castro en Venezuela) no promovieran la transformación en favor de la democracia y la igualdad social. Los izquierdistas radicales latinoamericanos en las últimas décadas del siglo XX también se identificaron estrechamente con los héroes nacionales e inclusive formaron organizaciones que llevaban sus nombres, como es el caso de los sandinistas en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí en El Salvador y los zapatistas en México.

en 2007. Debido a la resistencia de varias fuentes, Chávez terminó echándose atrás al crear la alianza «Gran Polo Patriótico» para las elecciones presidenciales de 2012. El Polo incluía no sólo al Partido Comunista (PCV) y a Patria Para Todos (PPT), los cuales se habían negado a disolverse, sino también organizaciones sociales que apoyaron la candidatura de Chávez con su propia tarjeta electoral. Un pensador izquierdista venezolano aplaudió la decisión, por considerar que «generaría mayor riqueza de discusión», mientras que la existencia de un partido izquierdista hegemónico «generaría arrogancia» (Acosta, 2009:13-14).

En este sentido, la IRL21 se encontró más cercana a los movimientos populistas y nacionalistas del siglo XX que a los partidos comunistas y socialdemócratas inspirados por los modelos que miraron hacia el futuro en vez de al pasado. Las escuelas mecánicas y deterministas del marxismo, rechazadas por los pensadores de la IRL21 y sus precursores, datan de la posición favorable de Marx frente al triunfo de los Estados Unidos en la Guerra Mexicana, basada en la suposición de que el resultante desarrollo económico de California crearía las condiciones conducentes al surgimiento de movimientos radicales y sindicales. Los partidos socialdemócratas como el Movimiento Nacionalista Revolucionaria (MNR), que dirigió la revolución de 1952 en Bolivia, aceptaron presunciones positivistas similares. El MNR promovió la homogeneización de la población campesina con el fin de estimular la productividad, mientras pasó por alto la importancia de las instituciones comunales indígenas como el ayllu (Dunkerley, 2013:341-343).

La IRL21 también se alimenta de una tradición del pensamiento izquierdista que centra su análisis en la realidad latinoamericana mientras que rechaza fórmulas importadas moldeadas por visiones eurocéntricas y las verdades supuestamente universales provenientes de la época de la Ilustración (Nash, 2009:212-213). En este sentido, la IRL21 ha elogiado a los pensadores latinoamericanos que enfocan la especificidad de las condiciones en el continente. Chávez insistió en la originalidad como un imperativo al citar frecuentemente la frase «inventamos o erramos», acuñada por Simón Rodríguez, que era el renombrado tutor de Simón Bolívar. Otros ejemplos incluyen José Carlos Mariátegui y otros comunistas latinoamericanos cuyas posiciones divergieron de las del movimiento internacional comunista (Caballero, 1986:48-49, 101-106, 160). Mariátegui, por ejemplo, se distanció del marxismo ortodoxo del Comintern, controlado por los soviéticos, en cuanto a su énfasis sobre las dimensiones culturales y la importancia de la lucha por la tierra, como también con su planteamiento de que el potencial revolucionario de los campesinos indígenas se comparaba favorablemente con el del proletariado. Su visión de la comunidad indígena tradicional como «la célula del estado socialista moderno» (cit. en Saladino García, 1995:39, 33-34) no encontró un equivalente en el discurso soviético. José Martí, quien fue otro pensador frecuentemente citado por Chávez (como también Fidel Castro), celebró la identidad latinoamericana a pesar de que no es una categoría acorde con el concepto marxista de internacionalismo. Aunque Martí admiró a Marx, rechazó la primacía del análisis basado en clases sociales.

Los rasgos latinoamericanos de la IRL21 van más allá de la retórica y las formulaciones teóricas abstractas y tienen implicaciones concretas para la política, la estrategia y la priorización de metas. Varios partidos izquierdistas en América Latina (como el Movimiento al Socialismo en Venezuela en los años setenta y ochenta, y los comunistas mexicanos en

los ochenta [Carr, 1993:88]), levantaron la bandera de «la vía» venezolana y mexicana al socialismo, pero la relación entre esa consigna y las políticas concretas nunca estuvo clara. En el caso de la IRL21, el planteamiento de la vía latinoamericana al socialismo indirectamente y a veces directamente fortalece ciertas posiciones y argumentos en debates de larga data sobre el cambio estructural. Las posiciones de la IRL21, en los asuntos que se tratarán a continuación, han sido influenciadas por su identificación con la tradición y el nacionalismo latinoamericano, aun cuando el pensamiento de sus líderes está fundamentado en el marxismo.

El peso relativo de los sectores marginales de la población en la lucha por el cambio radical

Como resultado de la urbanización masiva y no controlada en el siglo XX en América Latina, se multiplicó el número de miembros de los sectores marginales, entendidos como aquellos que trabajan en la economía informal o en los márgenes de la economía formal. Esos trabajadores en gran parte carecen de representación organizada y protección legislativa. Los líderes políticos y analistas a menudo mezclan sus intereses con los de la clase obrera. La teología de la liberación en América Latina fue uno de los primeros movimientos en que se priorizaron los problemas de las clases marginales y los relacionaron con la enseñanza bíblica. Subsecuentemente, los movimientos que representaron a los sectores marginales en América Latina, incluyendo a los grupos indígenas, desempeñaron un papel crítico en la lucha contra el neoliberalismo en los años noventa y así crearon las condiciones para el surgimiento de la IRL21. Los teóricos de la IRL21 vieron a los sectores marginales tan importantes como la clase obrera en la lucha por la transformación radical y en este sentido rompieron con el marxismo ortodoxo. Al mismo tiempo, los movimientos y gobiernos de la IRL21 levantaron la bandera de la incorporación de los sectores marginales en la vida política, institucional y cultural de la nación. Este compromiso contrasta agudamente con el discurso de los gobiernos y los líderes políticos de los Estados Unidos, que privilegian «la clase media», mientras que pasan por alto la suerte de los pobres.

El rechazo de presunciones positivistas: la priorización de las metas sociales por encima de las económicas, las condiciones subjetivas por encima de las objetivas y el voluntarismo por encima del determinismo

El compromiso con el mejoramiento social y el éxito de los programas sociales de la IRL21 en el poder ha sido generalmente reconocido, aun por los críticos (De la Torre, 2013:40; López Maya y Lander, 2011:63-74). Al mismo tiempo, los analistas de diversas tendencias políticas apuntan a la falta de progreso significativo en el área del desarrollo económico. Así, por ejemplo, el gobierno de Chávez originalmente visualizó el programa masivo de

las cooperativas de trabajadores como un modelo económicamente viable, pero luego empezó a enfocarse en metas exclusivamente sociales. En el mismo sentido, el programa de los consejos comunales de Venezuela no ha representado en términos generales una buena inversión desde el punto de vista económico, pero logró promover un sentido de empoderamiento y espíritu de acción colectiva entre las clases populares. Además, el gobierno de Chávez en un momento determinado abogó por la reducción de la jornada semanal de trabajo de 44 a 36 horas con el propósito de ofrecer a los trabajadores una oportunidad de participar en actividades con fines no materiales, o lo que algunos escritores de la IRL21 llaman el «desarrollo humano» (Lebowitz, 2010). Los gobiernos de Bolivia y Ecuador, por su parte, justificaron megaproyectos mineros, altamente cuestionados por la población indígena por razones ecológicas, con el argumento de que el ingreso derivado de ellos contribuiría al financiamiento de los programas sociales (Becker, 2012:124-128). Estas estrategias contrastaron con la posición soviética asociada con Stalin que sostenía que el avance de las condiciones objetivas (materiales) era esencial para la construcción del socialismo.

Diversas tradiciones del continente alimentan estas estrategias por parte de la IRL21. La doctrina del «buen vivir» defendida por el gobierno de Morales en Bolivia articula los valores indígenas basados en las prácticas comunales que datan de la época previa a la conquista. Este concepto choca con las nociones positivistas de la inevitabilidad del «progreso», asociadas con diferentes ideologías incluyendo el marxismo ortodoxo.

Un antecedente latinoamericano del voluntarismo defendido por los pensadores de la IRL21 fueron los escritos del peruano José Antonio Mariátegui. Él escribió que «cada palabra, cada acción del marxismo pone el acento sobre la fe del voluntarismo, de la convicción creativa y heroica cuyo impulso no se encuentra en la mediocridad y sentimiento pasivo del determinismo» (cit. en Palacios, 1995:55-56). Otro antecedente fue la teología de la liberación, cuyo fundador, Gustavo Gutiérrez, fue inspirado por el marxismo, pero insistió en que solamente la acción (o «praxis») «con la participación del pueblo de diferentes puntos de vista» podría crear una teoría aplicable a la realidad latinoamericana (Gutiérrez, 1979: 90-91). Una influencia adicional fue la del Che Guevara, quien negó la primacía de las metas materiales en el proceso revolucionario. Su afirmación de que el amor y la autotransformación eran una parte integral del carácter de los revolucionarios influyó el discurso de la IRL21 diferenciándolo de otras experiencias de la izquierda en el poder.

La identificación con el cristianismo

La teología de la liberación, que desde los años sesenta llevó a sectores de la Iglesia a posiciones cerca de la esfera del pensamiento izquierdista y que influyó la IRL21, fue en

gran parte un fenómeno latinoamericano, como reconocieran Gutiérrez y otros miembros destacados del movimiento. Sus exponentes atribuyeron los avances de la teología de la liberación en América Latina a la sensibilidad de los latinoamericanos a la desigualdad y la opresión, y al mayor compromiso espiritual cristiano que los caracterizó en comparación con los europeos (Cox, 1987:21). El Vaticano II contribuyó a esta tendencia ya que ayudó a América Latina a lograr un grado de independencia teológica (Bretto, 1987:72). Subsecuentemente, Fidel Castro vio la teología de la liberación como altamente positiva, al mismo tiempo que la religión organizada en Cuba hacía avances en los frentes institucionales y doctrinales. La relación entre la Iglesia y el Estado había alcanzado su nivel más bajo con la excomunión de Castro en 1962, pero luego se mejoró y eventualmente la creencia atea fue levantada como requerimiento para membresía en el Partido Comunista, al mismo tiempo que se permitió que los cubanos participaran en procesiones religiosas y la Navidad fuera reconocida como día feriado. El papel prominente jugado por los clérigos Ernesto Cardenal y Miguel d'Escoto, como ministros bajo el gobierno sandinista en los años ochenta, formó parte de la misma tendencia revisionista de la izquierda latinoamericana.

La teología de la liberación, la evolución en la posición de Castro sobre la religión organizada, la liberalización de la política del gobierno cubano sobre la religión y el discurso religioso de diferentes líderes sandinistas en los años ochenta, impactaron a la IRL21. Correa, por ejemplo, quien recibió gran parte de su educación formal en escuelas católicas, reconoce la influencia marcada de la teología de la liberación sobre su formación (como también en el caso del presidente paraguayo Fernando Lugo), mientras que Chávez hacía referencia constante a Cristo, aun cuando estos presidentes chocaron con la jerarquía de la Iglesia. Las convicciones religiosas de Correa, Morales, Chávez, Nicolás Maduro y otros, representan un rompimiento con la izquierda tradicional y constituye una innovación importante en el discurso izquierdista. También influyeron las políticas defendidas por la IRL21 y condujeron a alianzas informales. Así, por ejemplo, las vinculaciones amistosas entre la izquierda radical en el poder y los grupos religiosos en Nicaragua, Venezuela y otras partes, la inhiben de asumir posiciones polémicas sobre asuntos sociales, como el derecho al aborto, una omisión que decepciona a miembros del movimiento feminista en esos países. Por cierto, la legislación antiaborto en Nicaragua es una de las más duras en el mundo.

La promoción de la unidad latinoamericana

Desde el comienzo de su presidencia, Hugo Chávez abrazó el concepto del «mundo multipolar» como una respuesta necesaria al dominio norteamericano y como un imperativo impuesto por la globalización. Estas posiciones fueron alimentadas por el fervor del nacionalismo y unidad latinoamericana, un espíritu que databa de Simón Bolívar. En 1826, Bolívar organizó el Congreso de Panamá que hizo un llamado en favor de la formación de una confederación

continental, el cual ha inspirado a los nacionalistas latinoamericanos hasta el presente. En el siglo XX, los esfuerzos de unificar los gobiernos y movimientos en América Latina encontraron expresión en la creación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) fundada en 1924 como la sucursal peruana de un partido a nivel continental. Otro ejemplo de la unidad organizacional fueron las confederaciones de trabajadores latinoamericanos dirigidas por el izquierdista Vicente Lombardo Toledano y los sindicalistas demócratacristianos, en oposición a las organizaciones panamericanas que incluyeron a América del Norte, promovidas por el American Federation of Labor estadounidense y, después de 1955, por la AFL-CIO (American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations). El llamado unitario por parte de la IRL21 ha contribuido a importantes logros como la fundación de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) y al ingreso de Venezuela al Mercado Común del Sur (Mercosur). La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), que incluye Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Cuba, ha actuado como un bloque y ha formulado agendas y posiciones que influyen en la discusión en encuentros de gobiernos latinoamericanos (Ellner, 2012:10).

La estrategia izquierdista de promover la unidad entre los gobiernos latinoamericanos fue el producto de un aprendizaje durante muchos años. En los años sesenta, Cuba se solidarizó con los movimientos armados en el continente y en el proceso sacrificó el apoyo —o la posibilidad de neutralizarlos— de los gobiernos democráticos y consecuentemente se aisló cada vez más. En los años setenta, el gobierno cubano empezó a modificar su política exterior al limitar su apoyo a aquellos rebeldes que operaron en países percibidos como amenazas a la soberanía de Cuba, al mismo tiempo que dirigió más atención a movimientos revolucionarios en África e Indochina. La nueva línea indudablemente influyó en el pensamiento de la IRL21 en el poder y particularmente de Chávez, quien consideró a Castro su mentor (Domínguez, 1989:114-124; Farber, 2011:109-123).

La atracción de la bandera de la unidad latinoamericana va más allá de la izquierda e implica apoyo a ciertas políticas aceptables a los gobiernos conservadores. Así, por ejemplo, las relaciones amistosas de los gobiernos de la IRL21 con el presidente colombiano Juan Manuel Santos condujeron a decisiones y acciones que fueron fuertemente criticadas por algunos izquierdistas. Una de ellas fue el acuerdo diseñado por Chávez y Santos que facilitó el reingreso de Honduras a la OEA después del golpe de estado contra el presidente izquierdista Manuel Zelaya.

La continuidad de la IRL21 en el poder en gran parte no tiene equivalente en otras olas de cambio izquierdista y populista en el continente en el pasado. Los ejemplos incluyen los gobiernos en los años inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y otros en el momento del triunfo de la revolución cubana en 1959. La duración de los gobiernos de la IRL21 puede ser atribuida a un número de factores. En primer lugar, la unidad lograda

por los gobiernos latinoamericanos durante el pasado reciente no tiene precedente en la historia del continente y se fundamenta en el rechazo a la marginalización de los gobiernos de la izquierda radical. La solidaridad extendida a la IRL21 por parte de gobiernos moderados fue particularmente significativa durante los momentos críticos de la insurgencia de la oposición, como el golpe de Estado y paro general en Venezuela en 2002-2003, y también la intentona en Ecuador en 2010 y las confrontaciones económicas y políticas en Bolivia en 2006 y 2008. En segundo lugar, Estados Unidos, que históricamente ha iniciado acciones agresivas y clandestinas contra los gobiernos de la izquierda radical, ha perdido influencia en el continente, en parte por los avances económicos de China y de otras naciones fuera de la órbita norteamericana. En tercer lugar, la oposición organizada de los tres países de la IRL21 ha perdido fuerza, prestigio y credibilidad en gran parte por su asociación con políticas neoliberales, especialmente las privatizaciones masivas de los años noventa.

También entran en juego factores sociales y económicos. Uno es el mayor grado de madurez de los sectores marginales, que representan una base social de apoyo importante para los gobiernos de la IRL21. En los años cuarenta y cincuenta los miembros de los sectores marginales consistían en gran parte de excampesinos, a quienes les faltaba familiaridad con el ambiente urbano, mientras que los del comienzo del siglo XXI habían heredado las experiencias urbanas de varias generaciones, incluyendo las de la economía formal. Además, la economía de Venezuela, Bolivia y Ecuador ha sido favorecida por el *boom* de hidrocarburos y otras materias primas que no muestra señales de un revés agudo.

Sin embargo, estas consideraciones no garantizan que la IRL21 vaya a lograr consolidar su poder y superar los desafíos apremiantes. Por cierto, los factores propicios no compensan un factor negativo de importancia fundamental: el hecho de que los gobiernos de la IRL21 con sus compromisos sociales no han podido utilizar el ingreso abundante proveniente del hidrocarburo para lograr un despegue en la producción (como hizo la Unión Soviética en los años treinta). La falta de habilidad organizativa capaz de aumentar la productividad, conjuntamente con el proceso natural de desgaste en el contexto de numerosas dificultades durante estos años, podría facilitar el regreso de la oposición al poder.

A la larga, la práctica y no la teoría va a resolver las disputas internas y problemas teóricos y prácticos provenientes de la estrategia experimental de la IRL21. Así, por ejemplo, la sustentabilidad de los programas sociales y la viabilidad de los ensayos en participación de los trabajadores en la toma de decisiones van a influir en el debate sobre el papel de los sectores marginales y la clase obrera. Similarmente, el crecimiento de las organizaciones feministas inevitablemente va a impactar en la posición de la IRL21 en cuanto a los derechos reproductivos, que por su parte va a redefinir sus relaciones con las diferentes iglesias.

Conclusión

La complejidad del proceso de cambio radical: ir más allá del debate actual sobre la tesis de las «dos izquierdas»

La tesis principal de este artículo es que los obstáculos y las complejidades provenientes de las experiencias de la IRL21 son cuantitativa y cualitativamente diferentes a los casos de gobiernos izquierdistas del siglo XX en diferentes partes del mundo. Específicamente, los períodos extendidos de polarización social y política aguda en Bolivia, Ecuador y Venezuela, contrastan con los gobiernos socialdemócratas y comunistas en el siglo XX. En los tres países, la oposición cuestionó la legitimidad del gobierno y al mismo tiempo ningún partido ocupó el espacio entre ella y el sector oficialista para asumir una posición de apoyo calificado o de críticas no beligerantes a la política gubernamental.

Los teóricos y activistas de la IRL21 han enfrentado un conjunto de desafíos que apuntan a la complejidad del proceso de cambio y que no son estáticos. Las experiencias de la IRL21 en el poder demuestran las fallas de formulaciones dogmáticas y presunciones viejas, como la noción leninista de que los revolucionarios necesariamente buscan liquidar el Estado y no transformarlo desde adentro. Por cierto, las doctrinas tradicionales ofrecen solamente respuestas parciales a la complejidad de los retos que confrontan la IRL21 que provienen en gran parte de la heterogeneidad de su base social de apoyo. La capacidad de la IRL21 para responder efectivamente a esta situación en una manera original y creativa constituye una variable independiente, que innegablemente influirá en el resultado final de sus esfuerzos por lograr la transformación a largo alcance.

El enfoque en la complejidad de la izquierda del siglo XXI y la heterogeneidad de sus seguidores es diametralmente opuesto al concepto simplista de populismo encarnado en la tesis de las «dos izquierdas» formulada por intelectuales como Jorge Castañeda y Mario Vargas Llosa. Sus argumentos son usados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como parte del esfuerzo por aislar los gobiernos latinoamericanos percibidos como «antiamericanos». La tesis de las dos izquierdas clasifica a la IRL21 como la «izquierda mala» o «izquierda populista», la cual contrasta con las políticas supuestamente responsables de la «izquierda buena», es decir, los moderados tales como Lula (v. Ellner, 2011a). La izquierda mala es distinguida por su retórica radical, intransigencia y tácticas de confrontación. Ejemplos incluyen a Andrés Manuel López Obrador, quien creó un gabinete de sombra para protestar por el supuesto fraude de las elecciones presidenciales de 2006, y Ollanta Humala (en el momento de su primera candidatura presidencial en 2006), quien, según Castañeda, intentaba «invadir» Chile en lo que fue realmente una protesta simbólica pacífica en abril de 2007 para llamar la atención a los reclamos fronterizos de Perú (Castañeda, 2008:232). La tesis de las dos izquierdas destaca la ambición personal, el estilo y el discurso, y de este

modo pasa por alto la compleja gama de grupos políticos y sociales que forman parte de la izquierda del siglo XXI, como también los problemas sin respuestas fáciles que resultan de su compromiso con el camino pacífico al poder.

La «tesis de las dos izquierdas» señala las áreas de convergencia entre la IRL21 y los populistas radicales clásicos de las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XX, pero al hacerlo simplifica ambos fenómenos (Ellner, 2011b:422). Indudablemente, en algunos aspectos la IRL21 se asemeja al populismo radical clásico (Dussel, 2008:76-77), cuyas características sobresalientes incluían: el liderazgo carismático, debilidad organizativa, objetivos a largo plazo no bien definidos, política exterior nacionalista, reformas socioeconómicas que favorecían a los sectores populares, tendencia a ignorar las instituciones políticas existentes y un discurso que contribuía a la aguda polarización política y social. La complejidad del populismo radical clásico (a diferencia del neopopulismo proneoliberal asociado con Alberto Fujimori en la década de los noventa) surgió de su potencial transformador de lejano alcance, que chocaba con las intenciones e intereses de muchos de sus propulsores originales (Laclau: 1979:175, 190-191).

Los movimientos de la IRL21, debido a su marcada diversidad interna y contradicciones, son aún más complejos, como es reconocido a menudo por los teóricos izquierdistas latinoamericanos (Borón, 2008: 126; Dussel, 2008:72). Así, por ejemplo, están comprometidos a superar su carencia organizativa y promover la democracia participativa, mientras que en muchos casos conservan los fuertes poderes ejecutivos de un líder máximo. Por otra parte, si bien carecen de la visión de cambio a largo plazo del marxismo ortodoxo, los izquierdistas del siglo XXI se han definido a sí mismos como socialistas y han debatido diferentes opciones socialistas, a diferencia del populismo clásico de las décadas de los treinta y cuarenta, que fue más ideológicamente ambiguo. De hecho, su indefinición ideológica puede ser una respuesta lógica al vacío creado por el colapso de la Unión Soviética, o en las palabras de Laclau «una condición previa para la construcción de un significado político relevante» (Laclau, 2005:17-18). En resumen, la agenda política que está detrás de la tesis de las «dos izquierdas» descarta un análisis matizado de los movimientos no comunistas de transformación en América Latina, tanto en el siglo XX como actualmente, y no concuerda con la rica escritura académica que demuestra su naturaleza compleja y dinámica.

Desde la publicación de *Lo que queda de la izquierda: relatos de las izquierdas latinoamericanas* en 2008, el debate sobre la tesis de las dos izquierdas se ha centrado en el grado hasta el cual la categoría de ambas izquierdas pueda considerarse homogénea. Varios libros importantes caracterizan explícitamente dicha publicación como simplista por no reconocer la diversidad entre los gobiernos de ambos bandos. Así, por ejemplo, los ensayos de Juan Pablo Luna (2010:30-31), Maxwell Cameron y Kenneth Sharpe (2010), Jennifer McCoy

(2010:99) y Santiago Anria (2010:121-123) en *Latin America's Left Turn* contrastan el flujo de arriba hacia abajo en la toma de decisiones de Chávez con la de Morales, quien como líder del movimiento laboral y social, supuestamente, ha estado más en sintonía y dispuesto a negociar con las bases y la población en general. En el mismo libro Luna (2010:28) propone desglosar la categoría de la socialdemocracia para demostrar las diferencias fundamentales entre los gobiernos de la «izquierda buena». De manera parecida, Steven Levitsky y Kenneth Roberts concluyen su *The Resurgence of the Latin American Left* afirmando que «la izquierda de América Latina se caracteriza por una gran diversidad», ya que entre Brasil y Chile con su «ortodoxia macroeconómica» y Venezuela con «políticas abiertamente estatistas y el modo de gobierno cada vez más autoritario» hay una «amplia gama de casos intermedios» (Levitsky y Roberts: 2011:399).⁸

El debate sobre la tesis de la «buena izquierda» y la «mala izquierda» puede enmarcarse en términos diferentes. Incluso, si la premisa de la tesis de las «dos izquierdas» de Castañeda con respecto a las similitudes básicas de los gobiernos de la «izquierda mala» es aceptada, la teoría es de todos modos fundamentalmente defectuosa. Independientemente del grado de diversidad dentro de la IRL21, la tesis de las dos izquierdas es simplista porque ignora la complejidad de los retos que confrontan. La complejidad se deriva de tres factores: la heterogeneidad social y política de los partidarios de los gobiernos de izquierda; los espacios que la estrategia democrática del cambio radical abre para las denuncias que vienen tanto de la izquierda como de la derecha; y la novedad relativa de los enfoques de ensayo y error que se están siguiendo. Por esta razón, la aplicación del concepto de populismo hecha por Castañeda y otros que destacan las características semiautoritarias y el debilitamiento de las instituciones es engañosa. Del mismo modo, la afirmación de la tesis de las «dos izquierdas» de que las políticas de la IRL21 no son sostenibles, simplifica el proceso de cambio en curso en el continente e ignora ciertos avances inequívocos (Weyland, 2010:11-12; 2011:75-82; v. tb. la discusión en Levitsky y Roberts, 2011:413-415; y Oxhorn, 2009:228-230).

En resumen, las dimensiones relativamente nuevas y complejas de las experiencias de la IRL21 en el poder, además de contradecir la tesis simplista de las «dos izquierdas», tienen consecuencias importantes, sobre todo para la estrategia izquierdista. El enfoque de ensayo y error abrazado por la IRL21, por ejemplo, es propicio para el rechazo de posiciones dogmáticas basadas en modelos preconcebidos. Además, la aceptación de la IRL21 de la heterogeneidad, en lugar de la priorización de un agente social determinado o del vanguardismo, apunta en

⁸ Por el contrario, Kurt Weyland, Wendy Hunter y Raúl Madrid defienden el marco de las dos izquierdas en su *Performance of Leftist Governments in Latin America*. Ellos justifican su enfoque binario contrastando la «izquierda contestataria» representada por Chávez y Morales, con la izquierda moderada, la cual «ha tomado un rumbo más prometedor y sostenible, que con el tiempo puede producir un mayor progreso social y económico en una democracia que funcione bien» (Madrid y otros, 2010:180).

la dirección de una estrategia que sintetiza diferentes intereses y visiones políticas que son algunas veces conflictivos. Finalmente, las tendencias de la IRL21 a rechazar el dogmatismo, celebrar la diversidad y adoptar el eclecticismo son ingredientes que se prestan al debate profundo por parte de izquierdistas, así como de la investigación académica.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Vladimir** (2007). «El socialismo del siglo XXI y la revolución bolivariana: una reflexión inicial», en Margarita López Maya, coord., *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Editorial Alfa.
- Acosta, Vladimir** (2009). «Perder el temor a hacer la crítica», *Comuna: Pensamiento Crítico en la Revolución: Intelectuales Democracia y Socialismo*, n° 1, pp. 11-19, Caracas.
- Álvarez R., Víctor** (2010). *Del Estado burocrático al Estado comunal: la transición al socialismo de la revolución bolivariana*, Caracas, Centro Internacional Miranda.
- Anria, Santiago** (2010). «Bolivia's MAS: Between party and movement», en Maxwell A. Cameron y Eric Hershberg, eds., *Latin America's Left Turns: Politics, Policies and Trajectories of Change*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.
- Becker, Marc** (2012). «Social movements and the government of Rafael Correa: Confrontation or cooperation?», en Gary Prevost, Carlos Oliva Campos, y Harry Vanden, eds., *Social Movements and Leftist Governments in Latin America*, Londres, Zed Books.
- Biardeau, Javier** (2009). «Es necesario replantear la relación entre socialismo y democracia», *Comuna: Pensamiento Crítico en la Revolución: Intelectuales Democracia y Socialismo*, n° 1, pp. 63-71, Caracas.
- Blanco Muñoz, Agustín** [entrevistador] (1998). *Habla el comandante*, Caracas, UCV.
- Borón, Atilio A.** (2008). *Socialismo siglo XXI: Hay vida después del neoliberalismo?*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- Bretto, Frei** (1987). *Fidel and Religion: Castro Talks on Revolution and Religion with Frei Betto*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Burgmann, Verity** (2005). «From syndicalism to Seattle: Class and the politics of identity», *International Labor and Working-Class History*, n° 67, pp. 1-21.
- Caballero, Manuel** (1986). *Latin America and the Comintern, 1919-1943*, Cambridge, Inglaterra, Universidad de Cambridge.
- Cameron, Maxwell A. y Kenneth E. Sharpe** (2010). «Andean left turns: Constituent power and constitution making», en Cameron y Eric Hershberg, eds., *Latin America's Left Turns: Politics, Policies and Trajectories of Change*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.
- Castañeda, Jorge G.** (2008). «Where do we go from here?», en J.G. Castañeda y Marco A. Morales, eds., *Leftovers: Tales of the Latin American Left*, Nueva York, Routledge.
- Carr, Barry** (1993). «México: The perils of unity and the challenge of modernization», en Barry Carr y Steve Ellner, eds., *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika*, Boulder, Colorado, Westview.
- Castells, Manuel y Alejandro Portes** (1989). «World underneath: The origins, dynamics, and effects of the informal economy», en A. Portes, M. Castells y Lauren A. Benton, eds., *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Ciccariello-Maher, George** (2013). *We Created Chávez: A People's History of the Venezuelan Revolution*, Durham, North Carolina, Duke University Press.

Cox, Harvey (1987). «Introduction», en *Fidel and Religion: Castro Talks on Revolution and Religion with Frei Betto*, Nueva York, Simon and Schuster.

De la Torre, Carlos (2013). «Technocratic populism in Ecuador», *Journal of Democracy*, t. 24, n° 3, pp. 33-46.

Domínguez, Jorge I. (1989). *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Dunkerley, James (2013). «The Bolivian revolution at 60: Politics and historiography», *Journal of Latin American Studies*, t. 45, n° 2, pp. 325-350.

Dussel, Enrique D. (2003). *Beyond Philosophy: Ethics, History, Marxism, and Liberation Theology*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield.

Dussel, Enrique D. (2008). *Twenty Theses on Politics*, Durham, North Carolina, Duke University Press.

Dussel, Enrique D. (2012). *Ethics of Liberation in the Age of Globalization and Exclusion*, Durham, North Carolina, Duke University Press.

El libro rojo del general López Contreras 1936 (1985). *Documentos robados por espías de la policía política* 6ª ed., Caracas, Ediciones Centauro.

Ellner, Steve (1994). «Two conceptual approaches to Latin American social movements», *Studies in Comparative International Development*, t. 29, n° 3, pp. 70-80.

Ellner, Steve (2005). *Neoliberalismo y antineoliberalismo en América Latina: el debate sobre estrategias*, Caracas, Editorial Tropykos.

Ellner, Steve (2008). *Rethinking Venezuelan Politics: Class, Conflict and the Chávez Phenomenon*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner.

Ellner, Steve (2011a). «Reseña: *Lo que queda de la izquierda: Relatos de las izquierdas latinoamericanas*», *Cuadernos del Cendes*, n° 78, pp. 149-158.

Ellner, Steve (2011b). «The rightward drift of a Latin American social democrat», *Science and Society*, t. 75, n° 3, pp. 419-428.

Ellner, Steve (2011c). «Venezuela's social-based democratic model: Innovations and limitations», *Journal of Latin American Studies*, t. 43, n° 3, pp. 421-449.

Ellner, Steve (2012). «Latin American unity takes center stage at Cartagena summit», *NACLA: Report on the Americas*, t. 45, n° 2, pp. 9-11.

Esteva, Gustavo (2009). «Another perspective, another democracy», *Socialism and Democracy*, t. 23, n° 3, pp. 45-60.

Fanon, Frantz (1963). *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove.

Farber, Samuel (2011). *Cuba Since the Revolution of 1959: A Critical Assessment*, Chicago, Haymarket Books.

Feijoo, María del Carmen y Mónica Gogna (1990). «Women in the transition to democracy», en Elizabeth Jelin, ed., *Women and Social Change in Latin America*, Londres, Zed Books.

García Linera, Álvaro (2010). «The State in transition: Power bloc and point of bifurcation», *Latin American Perspectives*, t. 37, n° 4, pp. 34-47.

García Linera, Álvaro (2011). *Las tensiones creativas de la revolución: la quinta fase del proceso de cambio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado.

Garzón Rogé, Mariana y Mariano Perelman (2010). «Consensus or conflict? The problem of an anti-political imagery of democracy in contemporary Argentina», en Brendan Howe, Vesselin Popovski y Mark Notaras, eds., *Democracy in the South: Participation, the State and the People*, Tokyo, United Nations University Press.

Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós.

Goldfrank, Benjamin (2011). *Deepening Local Democracy in Latin America: Participation, Decentralization, and the Left*, University Park, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press.

Gutiérrez, Gustavo (1979) [1971]. *A Theology of Liberation: History, Politics and Salvation*, 4a. ed., Nueva York, Orbis Books.

Harnecker, Marta (2007). *Rebuilding the Left*, Nueva York, Zed Books.

Harnecker, Marta (2008). «The communal councils and popular power», en Jim McLroy y Coral Wynter, eds., *Voices from Venezuela: Behind the Bolivarian Revolution*, Chippendale, Australia, Resistance Books.

Harnecker, Marta (2010). «Latin America and twenty-first century socialism: Inventing to avoid mistakes», *Monthly Review*, t. 62, n° 3, pp. 3-83.

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1976) [1928]. *El antiimperialismo y el APRA*, Caracas, Ediciones Centauro.

Informe 21.com (2009). «Precandidato presidencial Gustavo Petro pide a Chávez que deje de agredir a Uribe», <http://informe21.com/hugo-chavez/precandidato-presidencial-gustavo-petro-pide-chavez-deje-agredir-uribe>.

Jelin, Elizabeth (1990). «Introduction», en Jelin, ed., *Women and Social Change in Latin America*, Londres, Zed Books.

Kang, Liu (1997). «The legacy of Mao and Althusser: Problematic of dialectics, alternative modernity, and cultural revolution», en Arif Dirlik, Paul Healy y Nick Knight, eds., *Critical Perspectives on Mao Zedong's Thought*, Atlantic Highlands, N.J., Humanities Press.

Knight, Nick (1997). «The laws of dialectical materialism in Mao Zedong's thought: The question of 'orthodoxy'», en Arif Dirlik, Paul Healy y Knight, eds., *Critical Perspectives on Mao Zedong's Thought*, Atlantic Highlands, N.J., Humanities Press.

Laclau, Ernesto (1979) [1977]. *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, Londres, Verso.

Laclau, Ernesto (1985). «New social movements and the plurality of the social», en David Slater, ed., *New Social Movements and the State in Latin America*, Amsterdam, FORIS Publications.

Laclau, Ernesto (2005). *On Populist Reason*, Londres, Verso.

Laclau, Ernesto (2006). «Consideraciones sobre el populismo latinoamericano», *Cuadernos del Cendes*, t. 23, n° 62, pp. 115-120.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985). *Hegemony and Socialist strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso.

Lebowitz, Michael A. (2010). *The Socialist Alternative: Real Human Development*, Nueva York, Monthly Review Press.

Levitsky, Steven y Kenneth M. Roberts (2011). «Conclusion: Democracy, development, and the left», en Levitsky y Roberts, eds., *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

López Maya, Margarita y Luis E. Lander (2011). «Participatory democracy in Venezuela: Origins, ideas, and implementation», en David Smilde y Daniel Hellinger, eds., *Venezuela Bolivarian Democracy: Participation, Politics, and Culture under Chávez*, pp. 58-79, Durham, NC, Duke University.

Luna, Juan Pablo (2010). «The left turns: Why they happened and how they compare», en Maxwell A. Cameron y Eric Hershberg, eds., *Latin America's Left Turns: Politics, Policies and Trajectories of Change*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.

Madrid, Raúl L., Wendy Hunter y Kurt Weyland (2010). «The policies and performance of the contestatory and moderate left», en Weyland, Madrid y Hunter, eds., *The Performance of Leftist Governments in Latin America: Successes and Shortcomings*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Mao Tsetung (1971a) [1937]. «On contradiction», en *Selected Readings from the Works of Mao Tsetung*, Peking, Foreign Languages Press.

Mao Tsetung (1971b) [1957]. «On the correct handling of contradictions among the people», en *Selected Readings from the Works of Mao Tsetung*, Peking: Foreign Languages Press.

McCoy, Jennifer (2010). «Venezuela under Chávez: Beyond liberalism», en Maxwell A. Cameron y Eric Hershberg, eds., *Latin America's Left Turns: Politics, Policies and Trajectories of Change*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.

Monedero, Juan Carlos (2009). «La reinención de Venezuela revolucionaria y los fantasmas del pasado», *Comuna: Pensamiento Crítico en la Revolución: Intelectuales Democracia y Socialismo*, n° 1, pp. 187-195.

Mouffe, Chantal (2005). *On the Political*, Londres, Routledge.

Nash, June (2009). «Modernity, postmodernity, and transformation of revolutions», *Latin American Research Review*, t. 44, n° 3, pp. 212-223.

Oxhorn, Philip D. (1998). «Is the century of corporatism over? Neoliberalism and the rise of neopluralism», en Oxhorn y Graciela Ducatenzeiler, eds., *What Kind of Democracy? What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism*, University Park, Pennsylvania, Penn State University Press.

Oxhorn, Philip D. (2009). «Beyond neoliberalism? Latin America's new crossroads», en John Burdick, Kenneth M. Roberts y Oxhorn, eds., *Beyond Neoliberalism in Latin America: Society and Politics at the Crossroads*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Palacios Badaracco, Edilberto (1995). «El indigenismo de Mariátegui», en Saladino García, coord., *El problema indígena: homenaje a José Carlos Mariátegui*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

Raby, D.L. (2006). *Democracy and Revolution: Latin America and Socialism Today*, Londres, Pluto Press.

Regalado, Roberto (2007). *Latin America at the Crossroads: Domination, Crisis, Popular Movements, and Political Alternatives*, Melbourne, Australia, Ocean Press.

Sader, Emir (2008). *Refundar el Estado: posneoliberalismo en América Latina*, Buenos Aires, Instituto de Estudios y Formación de la CTA.

Saladino García, Alberto (1995). «Aportes de Mariátegui al nuevo indigenismo», en Saladino García, ed., *El problema indígena: homenaje a José Carlos Mariátegui*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

Silva, Eduardo (2009). *Challenging Neoliberalism in Latin America*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Smilde, David (2011). «Introduction: Participation, politics, and culture: emerging fragments of Venezuela's bolivarian democracy», en Smilde y Daniel Hellinger, eds., *Venezuela's Bolivarian Democracy: Participation, Politics, and Culture under Chávez*, Durham, North Carolina, Duke University Press.

Soto, Hernando de (1989). *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, Nueva York, Harper & Row.

Trinkunas, Harold A. (2011). «The logic of Venezuelan foreign policy during the Chávez period», en Ralph S. Clem y Anthony P. Maingot, eds., *Venezuela's Petro-Diplomacy: Hugo Chávez's Foreign Policy*, Gainesville, Florida, University Press of Florida.

Weyland, Kurt (1999). «Populism in the age of neoliberalism», en Michael L. Conniff, ed., *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, Alabama, University of Alabama Press.

Weyland, Kurt (2010). «The performance of leftist governments in Latin America: Conceptual and theoretical issues», en K. Weyland, Raúl Madrid y Wendy Hunter, eds., *The Performance of Leftist Governments in Latin America: Successes and Shortcomings*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Weyland, Kurt (2011). «The left: Destroyer or savior of the market model?», en Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts, eds., *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.